

El apéndice de Borges: reflexiones sobre el diario de Bioy

*Me presentan, pues, como un apéndice de Borges
Bioy, Borges*

Mil seiscientas páginas de anotaciones de diario, más cien páginas de apéndices (y ciento treinta páginas más de un índice escrito a dos columnas, que no fue publicado en el volumen pero que está disponible en el sitio web del editor, junto a docenas de páginas de correcciones): los extractos del diario de Adolfo Bioy Casares que han sido publicados en el enorme volumen titulado simplemente *Borges* (Barcelona: Destino, 2006) son, según el editor Daniel Martino, selecciones de un todo que abarcaría más de veinticinco mil páginas. Poco manejable, indignante, fascinante, repugnante, desconcertante: todos estos adjetivos podrían aplicarse a un libro tan excesivo. Sin duda el documento más importante que ha emergido desde la muerte de Borges, el diario de Bioy permite que el lector se asome a una amistad que fue central para la vida de ambos escritores, y le da la oportunidad de escuchar a escondidas una conversación literaria (y a veces no literaria) que duró décadas. El libro pone a ambos hombres bajo una luz desfavorable, ya que atacan sarcásticamente y por igual a amigos y enemigos, algunas veces descartando por idiotas a personas con las que

compartieron cena pocas páginas antes. Es decir, hace a Borges y Bioy humanos, bajando en particular al primero del pedestal en el que fue a menudo colocado hacia el final de su vida; una imagen que ha persistido después de su muerte.

«Come en casa Borges» es la frase que más se repite en este libro. Por décadas, Borges se unió a Bioy y Silvina Ocampo para cenar en casa de éstos, a menudo como parte de una sesión de trabajo nocturna en cualquiera de las antologías o traducciones en la que estuvieran implicados, o para leer en voz alta las obras de alguno de los muchos certámenes literarios en los que participaron como miembros del jurado. Silvina estaba casi siempre presente, aunque su marido raramente anota lo que ella dice; otros que también se les unen para cenar son José Bianco, Manuel Peyrou, Juan José Hernández, Enrique Pezzoni, Norman Thomas Di Giovanni, Vlady Kociancich. (Ernesto Sábato, a menudo objeto de ridículo en estas conversaciones, nunca está físicamente presente; Borges y Bioy se encuentran con Mallea, Murena y otros cuando salen al mundo exterior, pero éstos no visitan el apartamento de Posadas y Schiaffino.) En su mayor parte, el diario registra —a menudo con todo detalle— lo que Borges dice; algunas veces (como en el libro *Life of Johnson*, de Boswell) Bioy indica quiénes hablan, como *dramatis personae*, y registra lo que él mismo dice a Borges para incitarlo a hablar, o en contestación a éste, pero la atención recae todo el tiempo en Borges. (Si esto es igual de cierto en las otras más de veinte mil páginas del diario es algo que el lector de este volumen no puede contestar satisfactoriamente, aunque otros extractos publicados del cuaderno de Bioy muestra que él a menudo se usa a sí mismo como un punto de fuga desde el cual las actividades y los dichos de los demás son registrados).¹ En muchos sentidos un notable acto

¹ Ver por ejemplo la manera en que Bioy se presenta en *Descanso de caminantes*, etiquetado como «diarios íntimos» pero a menudo bastante cauteloso en la expresión personal del sujeto que escribe.

de auto-anulación, Bioy conscientemente imita a Boswell (y quizás también a Eckermann, a pesar de los recurrentes rechazos que inspira en Borges el socio conversacional de Goethe)² en su estudiado papel de interlocutor, facilitador, testigo. Se dice que Boswell pasó menos de un año con Johnson en sus veinte años de relación; Bioy fue el amigo de Borges durante más de cincuenta, y en la mayor parte de estos años se encontraron cada tarde (excepto cuando uno u otro se hallaba fuera de Buenos Aires). Raramente un diálogo literario de años ha sido registrado con tanto detalle.

La nota que Bioy escribió en 1964 para el número especial de *L'Herne* dedicado a Borges (y reimpresso al principio de este volumen), acerca de sus anteriores conversaciones con el amigo, determina alguna de las constantes aquí: «Tardes y noches conversamos de Johnson, de De Quincey, de Stevenson, de literatura fantástica, de argumentos policiales, de *L'Illusion Comique*, de teorías literarias, de las *contrerimes* de Toulet, de problemas de traducción, de Cervantes, de Lugones, de Góngora y de Quevedo, del soneto, del verso libre, de literatura china, de Macedonio Fernández, de Dunne, del tiempo, de la relatividad, del idealismo, de la *Fantasia metafísica* de Schopenhauer, del neo-criol de Xul Solar, de la *Crítica del lenguaje* de Mauthner» (29).³ Muchos de estos temas de conversación de los años treinta continúan en los cincuenta, sesenta y setenta (el grueso de los diarios publicados), aunque no creo que haya ninguna conversación acerca de la relatividad, y muy poco acerca de la literatura fantástica (excepto cuando los amigos preparan la segunda edición de la *Antología de la*

2 En este asunto, Borges usualmente rechaza al propio Goethe como escritor de segunda categoría y conversador sin brillo. Ver 426, 499, 528-59, 687, 734, 783, 809, 931, 1183, entre otras.

3 Este texto fue primero publicado en francés, en *L'Herne*, y luego incluido por Bioy (bajo el título «Libros y amistad») en *La otra aventura* (139-53).

literatura fantástica).⁴ Abunda la conversación sobre literatura argentina, sobre todo en tono desfavorable: los comentarios sarcásticos acerca de Güiraldes, Larreta, Mallea, Gálvez, Mujica Lainez, Sábato, abundan. (Un ejemplo de una respuesta humorística de Borges a una pregunta acerca de su relación con Sábato: «Le preguntaron si estaba peleado con Sábato. «Vea —contestó—. No me acuerdo. Con Sábato uno siempre está peleándose o reconciliándose. La verdad es que no puedo decirle si en este momento estamos en una pelea o en una reconciliación»». [1069])⁵

Una de las mayores sorpresas es la extensión de las conversaciones sobre poesía. Sabemos, por las Norton Lectures (Harvard, 1967-1968), que Borges podía citar una cantidad prodigiosa de versos en español, inglés, francés, latín, alemán e inglés antiguo. En las conversaciones con Bioy es particularmente llamativo que después de 1955-1956 (cuando sus ojos se habían deteriorado hasta el punto en que ya no podía leer) pasó muchas tardes citando poemas de memoria y hablando sobre ellos; Bioy probablemente tuvo a mano algunos de los libros, y transcribió los poemas no sólo de su recuerdo de las citas de Borges, pero la cantidad de buena —y de terrible— poesía que Borges sabía de memoria es realmente extraordinaria. Debido a que Bioy no fuera poeta, y a que sus obras publicadas demuestran un interés mucho menor en la poesía que en la prosa narrativa, el líder incontestable en este tipo de conversaciones es Borges. Un proyecto en el que trabajan en dos períodos diferentes (pero nunca completo, o

4 Acerca de la antología, escribe Bioy este comentario de Borges: «Aún prescindiendo de sus textos argentinos, nuestra *Antología [de la literatura] fantástica* es una de las obras capitales de la literatura argentina» (1220).

5 Más evidencias de la continuidad de los temas en estas conversaciones de tantos años: Bioy anota que a veces, hablando con el amigo, se hacía preguntas pero no se las hacía a Borges, y que éste se las respondía años más tarde (989).

publicado) es una traducción de *Macbeth* en endecasílabos. A propósito de este proyecto, y en conversaciones sobre incontables poemas, hay muchas observaciones interesantes acerca de la métrica española.

Otra sorpresa es la cantidad de tiempo invertido en concursos literarios, en particular los premios anuales otorgados por el periódico *La Nación*, para los que Borges y Bioy fueron jurado durante muchos años consecutivos. Ya que Borges era para entonces un ciego, Bioy le leyó numerosas obras en el género que habían escogido en ese año (cuento, poesía, novela, ensayos sobre el cuento, literatura infantil, etc.). Comentan desdeñosamente sobre el resto del jurado (en particular sobre Eduardo Mallea y Carmen Gándara) que llegaba a las reuniones sobre los premios mucho menos preparado, habiendo leído sólo una fracción de las obras que ellos laboriosamente ya habían comentado en sus conversaciones nocturnas. Uno se pregunta en qué estaban pensando los dueños de *La Nación* cuando nombraban a un ciego para semejante jurado año tras año, ya que la cantidad de tiempo invertido en las lecturas en voz alta fue enorme (ver, entre otras muchas páginas sobre esto, 825).

Uno de los pocos temas importantes en las conversaciones que no tiene que ver centralmente con la literatura es la política, en particular el entusiasmo de los dos escritores por la Revolución Libertadora que derrocó a Perón en 1955, y las actividades de ambos en instituciones culturales que formaban parte de las acciones de la Guerra Fría contra el comunismo. Ambas preocupaciones, sin embargo, están tamizadas por la literatura, ya que muchas conversaciones de fines de los años cincuenta se enfocan en las listas para el SADE (Sociedad Argentina de Escritores) de candidatos antiperonistas y anticomunistas. La participación de Borges y Bioy en escaramuzas de pequeña escala dentro de la política cultural local ha asombrado a muchos lectores, como ocurre con la obsesión de Borges por combatir el comunismo en estas (bastante irrelevantes) asociaciones culturales. (Es perceptible cómo Bioy se cansa de este tema a mediados de los años sesenta y ya en los

setenta parece menos involucrado políticamente que Borges, a pesar de sus lazos familiares y personales con los partidos e instituciones de la élite argentina, muy diferente a los duraderos compromisos de Borges con la Unión Cívica Radical). Podría alegarse, sin embargo, que la política, de una u otra clase, fue en el último una preocupación permanente, desde sus poemas juveniles sobre la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial, hasta los textos sobre la guerra de las Malvinas y sobre los ideales de una paz mundial (en *Los conjurados*, el título es una celebración de Suiza como un país que ha trascendido el nacionalismo estrecho).⁶ Las anotaciones de Bioy acerca de la evolución política de Borges del radicalismo (en el sentido argentino) al conservadurismo son interesantes, ya que su propio padre formó parte de la conservadora clase política terrateniente. En el período que enfoca este diario, Borges se mueve desde una postura más de izquierdas que la de Bioy a una mucho más de derechas. El surgimiento tardío de Borges como un crítico de los dictadores militares no está registrado aquí, ya que para entonces los dos amigos se encontraban de alguna forma distanciados.

La extensión de las entradas en el diario varía mucho de un año a otro, con las más largas (y en alguna medida las más ricas) pertenecientes a los años que siguen a la Revolución Libertadora y a la ceguera de Borges: 1931–1946 es representado por cuatro páginas (extraídas, como ya fue indicado, de la colaboración de Bioy en *L'Herne*), 1947 y 1948 son despachados en dos páginas cada uno, 1949 en 12, 1950 en 11, 1951 en 6, 1952 en 8, 1953 en 24, 1954 en 19, 1955 en 37, 1956 en 108, 1957 en 154, 1958 en 65, 1959 en 133, 1960 en 98, 1961 en 47, 1962 en 101, 1963 en 143, 1964 en 54,

⁶ En *Out of Context* argumento que la política es una reflexión central en los relatos de *Ficciones* y *El Aleph*, mientras que en «El joven radical», de Borges, *realidades y simulacros*, analizo específicamente la etapa de la vida de Borges en la que es un militante pro-Yrigoyen.

1965 en 44, 1966 en 63, 1967 en 45, 1968 en 53, 1969 en 44, 1970 en 35, 1971 en 81, 1972 en 31, 1973 en 14, 1974 en 22, 1975 en 6, 1976 también en 6, 1977 en 11, 1978 en 8, 1979 en 11, 1980 en 9, 1981 en 12, 1982 en 17, 1983 en 7, 1984 en 3, 1985 en 6, 1986 (el año de la muerte de Borges) en 4. Algunas de las fluctuaciones pueden ser explicadas por viajes prolongados: los de Borges a Estados Unidos en 1961 (Texas) y 1967–1968 (Harvard), los viajes largos de Bioy a Europa, etc. Algunas otras (la relativa escasez de anotaciones entre 1967 y 1970), por distanciamientos de distinta índole: el infeliz matrimonio de Borges con Elsa Astete, a finales de los años sesenta, y sus celos de los amigos intelectuales de su marido, y los vínculos de éste con María Kodama en la última década de su vida (que dio como resultado el alejamiento total de unos amigos de toda la vida, ya que Kodama y Bioy se detestaban cordialmente).⁷ Pero quizá este asunto debería ser mirado de otra manera: como el registro excepcional del período de 1956 a 1963, los años marcados por la Revolución Libertadora, la implicación profunda de Borges y Bioy en las actividades culturales de la Guerra Fría, y los comienzos de la fama mundial de Borges; son los años en los que Bioy se propuso la tarea de registrar las opiniones y actividades de su amigo (cuya ceguera había aumentado y ya no era capaz de leer). Estos son también los años de mayor interés por parte de Bioy en la *Life of Johnson* de Boswell. A la vez, son los de una rica serie de colaboraciones, y también (extrañamente) los de la inseguridad más profunda de Bioy acerca de su propio proyecto como escritor (quizás agudizada por el reconocimiento internacional conseguido por Borges).

⁷ En 1977, Bioy anota: «Hoy pensaba que fui un privilegiado en tener de interlocutor a Borges: ahora que nos vemos menos extraño mucho nuestras charlas» (1515). La oración en pasado deja constancia, tristemente, del final del período más intenso de la relación entre ambos, que coincide con el tiempo en que María Kodama comienza a hacerse cargo de la vida de Borges.

La ceguera creciente de Borges, y la serie de desesperadas (e infructuosas) operaciones para salvar lo poco que le quedaba de su vista, es registrada con la angustia que provocó en el escritor, en su madre y sus amigos. Tenemos una imagen de Borges como un sublime señor mayor, cuya ceguera ha pasado a formar parte de su imagen de sabio. Por supuesto, Borges contribuyó con esta idea de la ceguera como un extraño bien con títulos como «Poema de los dones» y *Elogio de la sombra*, y con sus textos sobre otros famosos escritores ciegos: Milton (el soneto «On his blindness»), Homero («El hacedor»), Groussac. La serie de acontecimientos en 1955–1956 que dejaron a Borges sin visión suficiente para la lectura y la escritura, sin embargo, fue un período colmado de angustia y registrado elocuentemente en el diario. Aun así, pronto le sigue una etapa en la que Borges comienza a ver con sentido del humor su ceguera, como cuando Bioy dice «Qué clavo esto de no ver sin anteojos» sólo para obtener la réplica de Borges; «Qué clavo esto de no ver con anteojos» (984). Y se cuenta un episodio hilarante en la playa, en Mar del Plata, cuando Borges enseña al mundo sus zonas íntimas, sin percatarse de que está en «en bolas» hasta que Bioy lo cubre adecuadamente (1006). Hacia 1969 (el año de *Elogio de la sombra*) Bioy anota que Borges es «un hombre de tantos recursos que ha logrado aprovechar en su favor la ceguera; ahí adentro, invulnerable e indiferente, piensa en libertad» (1293).

El período del incremento de la ceguera es cuando las anotaciones de Bioy se hacen más detalladas, y cuando él parece haber tomado la decisión de usar su diario para registrar tanto como fuera posible las conversaciones con Borges. Esto implicó cierto grado de engaño, ya que Bioy no le dijo a Borges que hacía transcripciones exhaustivas de las conversaciones. Aun cuando Borges dice frases como «Hay que hacer como Boswell, anotar para que las cosas no se pierdan» (213) Bioy no le informa que él ya había comenzado a hacerlo, y hay varios momentos de melancólico remordimiento cuando él reflexiona sobre lo que podría verse como una manipulación

de su amigo. (Boswell, claro está, tampoco estuvo por encima de esto, pero al menos Johnson fue un completo conocedor de sus intenciones: el viaje a las Hébridas, por ejemplo, fue emprendido por ambos como una excusa para la conversación, y para la escritura de relatos de viaje; todo existió para ser parte de sus libros.) Bioy, por ejemplo, dice: «Yo me preguntaba mientras tanto si él sospecharía la existencia de este libro; si tendría curiosidad de leerlo; si lo corregiría; si la circunstancia de que últimamente escribía tan poco se debería no sólo a la deficiencia de la vista y a la haraganería, sino también al conocimiento de este libro» (646-47).

Al mismo tiempo, Borges es ciertamente conocedor de que el diario de Bioy incluye un *commonplace book* o colección de citas (algunas de las cuales fueron publicadas como *De jardines ajenos* en 1997, también con la colaboración de Daniel Martino). Él sugiere que alguien debería compilar un libro de anécdotas sobre (y los dichos de) Xul Solar (921), y comenta con frecuencia anécdotas sobre Macedonio Fernández: ¿esperaba que alguien (¿Bioy?) estuviese compilando anécdotas similares acerca de él? En una oportunidad, dice a secas: «Habría que publicar un libro de fragmentos. ¿Vos tenés uno en preparación, no? Anotás las observaciones diarias» (1308). (Esta es una de las muchas ocasiones en las que Bioy pudo haber confesado todo y explicado que él registraba en detalle las charlas de ambos.)

Bioy registra los intentos de otros de sacar provecho de las conversaciones con Borges: en una oportunidad Borges le comenta que María Esther Vázquez le había dicho, «Soy tu Boswell» (1002), y por supuesto deja constancia de cuando Norman Thomas Di Giovanni lleva a Borges a dictar su (muy poco fiable) «ensayo autobiográfico». Boswell es mencionado con gran frecuencia, hay abundantes y específicas referencias a la biografía *Life of Johnson* (79, 155, 206, 222, 339-40, 494, 533, 679, 734, 770, 840, 931, 1039, 1114, 1117, 1186, 1256, 1372, 1534), y numerosas reflexiones sobre las virtudes del libro de Boswell en comparación con las conversaciones entre

Eckermann y Goethe. De hecho, Borges anticipa la reflexión de Bioy sobre la productividad literaria del primero (que Bioy consideraba en declive) en una conversación sobre Boswell y Johnson, en la cual el amigo mayor arguye: «Algo que nadie ha planteado es la posibilidad, que me parece muy probable, de la colaboración de Johnson en el libro de Boswell. Si hasta en un punto se dice que Johnson no volvió a escribir, después de cierta fecha. Es claro, no tenía por qué escribir, porque sabía que estaba haciéndose el libro, en el que podía poner cuanto quería» (340). A través de discusiones sobre Boswell y Eckermann, Borges sin duda está dando a su joven amigo lecciones sobre cómo escribir sus diálogos. Borges repara en que Eckermann pudo haber leído a Boswell, no obstante «no se le ocurrió dramatizar las conversaciones (no se le ocurría nada). Hasta un periodista, para volverlas más vívidas, las hubiera dramatizado un poco; pero mirá que él se iba a atrever a ridicularizar un poco a Goethe y a ridiculizarse un poco a sí mismo» (528-29). Otras observaciones notables: «Boswell que inventa una novela biográfica y encarna el personaje deslucido» (1225), y una celebración de la habilidad de Boswell para recrear una conversación, para transmitir la impresión que se tiene después de que una charla ha terminado (1372), algo muy distinto a una simple transcripción.

Los manuscritos de Borges que han sobrevivido son relativamente pocos, como comentamos en otro ensayo. Esto ha ocurrido quizá de manera deliberada, ya que Borges algunas veces se refiere a su relativo desinterés en la preservación de sus manuscritos (1080-81).⁸ En lo que este diario es rico, sin embargo, es en debates de ideas para proyectos, y muchos de éstos son fascinantes. En el ensayo sobre Hawthorne en *Otras*

⁸ Esta referencia, sin embargo, es con relación a una petición para que la Biblioteca Nacional comprase los manuscritos de Güiraldes; Borges generalmente habla con mucho desdén sobre Güiraldes en tanto escritor, por lo que podría haber considerado sus manuscritos indignos de ser preservados.

inquisiciones Borges dice que algunas veces las breves anotaciones para historias y novelas —que no llegaron a ser escritas— en los cuadernos de apuntes de Hawthorne son más interesantes que su obra publicada.⁹ Ciertamente las anécdotas que Borges cuenta (algunas de las cuales más tarde desarrolla en cuentos o prosas breves) son sorprendentes (ver por ejemplo las páginas 416, 1099 y 1319). También nos permiten comprobar cuánto tiempo algunas de sus historias estuvieron gestándose: la primera referencia a la conversación de Bolívar y San Martín en Guayaquil ocurre en 1953 (90), con más referencias en 1955 (132) y 1958 (417); el relato «Guayaquil» no sería publicado hasta 1970 en *El informe de Brodie*.

La cita es otro asunto que surge aquí y que es de gran importancia para la comprensión de la obra de Borges. Antes, el libro de Bioy se había referido a un «arte de citar» (325). Acerca de sus frecuentes colaboraciones como compiladores de antologías, Bioy comenta:

Borges insiste siempre en comprobar las citas. Me sale del alma la protesta y estoy a punto de pensar que entorpece el trabajo con una manía personal o capricho. Casi infaliblemente la enciclopedia le da la razón: la consulta no fue inútil, alguna corrección introduciremos en nuestro texto o en nuestros conocimientos. (924)

Mientras abundan las pruebas de sus traviesos usos de la traducción (a menudo más cercana en su caso a la adaptación) y la autoría (a veces apócrifa) en la preparación de las antologías (un proyecto que está registrado aquí en detalle es el *Libro del cielo y del infierno*), también vemos con frecuencia a Borges pidiéndole a sus asistentes en la Biblioteca Nacional buscar los

9 En otro pasaje Bioy hace referencia a un relato de Hawthorne analizado en detalle en el mismo ensayo, «Wakefield» (1316), aunque en un contexto de alguna forma sorprendente: Borges está planeando dejar a su primera mujer, Elsa Astete de Millán, y esto es comparado implícitamente con el momento en que Wakefield abandona su casa.

libros que él recordaba y quería volver a consultar; frecuentemente Bioy también es mandado en busca de libros de su enorme biblioteca privada (y se lo ve pidiendo libros del extranjero que él piensa interesarán a Borges). Los regalos que se hacen mutuamente son siempre libros, y la mayor parte de este vasto diario consiste en comentarios sobre lo leído, y a menudo en la lectura en voz alta de pasajes que luego discuten.¹⁰

Una característica curiosa del diario, al menos tal como ha sido editado, es que Bioy explica cosas que él no necesita decirse a sí mismo. Él se refiere en varias ocasiones, por ejemplo, a «mi hija Marta» (717, 814, 847, 1008, 1043, 1150), lo cual parece una aclaración extraña en un diario íntimo. Explica además que Bianco había roto con Victoria Ocampo y ya no trabajaba en *Sur*, un episodio que seguramente estaba grabado en su memoria, ya que fue motivo de gran controversia en el mundo literario argentino (991).¹¹ Como Martino aclara en la introducción, Bioy de hecho añadió algunas notas al pie a la selección que prepararon para publicar, pero estos detalles sugieren que el texto fue escrito desde el principio con la idea de su eventual edición.

Hace casi veinte años escribí que el origen de la escritura en Borges era el pánico homosexual.¹² Pensaba en sus representaciones siempre oblicuas o raras del amor heterosexual, y en las insistentes apariciones de lo que Borges llamó una «dialéctica fecal». Pensaba también en el comienzo de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», que por supuesto tiene que ver con

10 Bioy comenta que cuando Borges delega a su madre la tarea de que le lea, los gustos literarios de ésta (que Bioy obviamente considera inferiores y de alguna manera incompatibles con los de Borges) se entrometen: ver por ejemplo 951.

11 Sobre esto, ver mi compilación sobre Bianco, *Las lecciones del maestro* (13, 18-19, 167, 185).

12 Mi ensayo «La «dialéctica fecal»: pánico homosexual y el origen de la escritura en Borges» fue presentado en 1991 y publicado en inglés en 1995, aparece en español en *El deseo, enorme cicatriz luminosa* (1999 y 2004).

una conversación con Adolfo Bioy Casares acerca de las relaciones sexuales y los espejos. Aunque no lo dije entonces (Bioy vivía aún), pensé en Bioy como el amor no correspondido de Borges, y en la fuerza indudable del vínculo masculino entre ellos. Uno ciertamente podría argüir, después de la lectura de este diario, que Bioy fue el gran amor de Borges: las mujeres en su vida llegaron y se fueron, pero su amigo estuvo siempre ahí. Y los dos buscaron ansiosamente pretextos para estar juntos, noche tras noche: traducciones, antologías, premios literarios, aventuras editoriales.

El tema de la homosexualidad (casi siempre masculina) aparece con impresionante frecuencia en estas conversaciones, y a menudo por largo tiempo. Lo más gracioso de esto es cuando Borges regresa de dar una charla en Tucumán, donde uno de los profesores que lo invitaron le informa del peligro de ser atacado, en ciertos barrios de la ciudad, por *malevos* homosexuales en bicicletas. El informante de Borges continúa: «La bicicleta excita al malevo. El movimiento, usted comprende» (50). Hay numerosas conversaciones acerca de la homosexualidad de Mujica Lainez (111, 193, 289, 1227, 1363), y acerca de la de Bianco, Enrique Pezzoni y Juan José Hernández (1441), así como sobre la sexualidad de escritores y figuras públicas tales como Gombrowicz, el «conde pederasta» (181), Barba Jacob (659), García Lorca (895), Gide (429), Wilde (606, 1505), William Beckford (751), Tennyson (1357) y Roger Casement (303). Hay también conversaciones sobre lesbianas que eran de su conocimiento, una anónima (291-92), otra, la bien conocida Dora de Alvear (1355-56). Bioy es de alguna forma aun más homófobo que Borges, al anunciar su descubrimiento de que «la novela es un género para maricones. Cuando uno se pone a describir minuciosamente al héroe se siente maricón» (298). Hay numerosos versos que se mofan de los *putos* (695), títulos falsos de libros sobre *putos* (1218), y argumentos pederastas que contemplan para nuevas historias de Bustos Domecq (1084). Hay anécdotas acerca de la homosexualidad en las clases bajas (723) y acerca del «ma-

lón de los pederastas» entre los escritores jóvenes (1331). En una de las notas al pie que Bioy preparó antes de su muerte, dice que dudó en contarle a Borges sobre *Cobra*, de Sarduy, porque era «la historia de un maricón; Borges no aguantaría la lectura» (1452). Hay también una conversación acerca de una propuesta de adaptación de la historia de Borges «La intrusa» como «un film erótico», una posibilidad que dejó a Borges «en el colmo de la indignación» (1458), como de hecho reaccionó años más tarde con la película que Carlos Hugo Christensen hizo del relato, la cual incluía una relación homosexual entre los hermanos.¹³

Como estos numerosos pasajes muestran, el tema del amor por el propio sexo surgió con mucha frecuencia en la conversación de los dos amigos. De gran interés en este asunto es que Bioy descubre, después de la muerte de su padre, que Adolfo Bioy estaba preocupado a principios de la década del treinta por la cercanía de su hijo con Borges, y que llegó a hacer investigaciones acerca de la personalidad de éste (1322, 1587-88). Las anomalías sexuales de Borges también fueron comentadas brutalmente por su propia madre, quien en una oportunidad le suelta con sequedad: «Basta. No seas maricón» (1435). Borges repite estas duras palabras a Bioy esa noche. En otro momento, Bioy comenta que, en el extraño dúo formado por Borges y su madre, esta última juega el papel masculino, «es el macho de la pareja» (753). Y, aunque el diario está lleno de los flechazos de Borges a una gran variedad de mujeres (ver, por ejemplo, 992), uno de los momentos más notables es esta observación suya: «La amistad, uno de los mejores temas de la literatura, ya no puede tratarse, porque sugiere pederastia. Qué gente inmunda ... Todo lo arruinan» (940). El tema surge otra vez varios años más tarde cuando Borges dice: «La pederastia ha manchado toda la literatura. Ahora la amistad es un tema

13 Acerca de la reacción de Borges sobre esta película, ver su nota «Sí a la censura» en el tercer tomo de los *Textos recobrados* y mi ensayo «La dialéctica fecal».

vedado» (1228). Bioy dice que «Silvina protesta, acremente»¹⁴ pero Borges continúa: «Ya no se puede escribir una elegía para un «amigo muerto», y Bioy comenta que mientras caminaban hacia el ascensor Borges no paraba de hablar de Martínez Estrada quien encontraba pederastia en *El gaucho Martín Fierro* (1228-29). El diario contiene material, entonces, que permitiría especular sobre la relación entre los dos amigos. En última instancia, lo que Eve Sedgwick (en su libro *Between Men*) célebremente llamó el «pánico homosexual», que según ella acecha a las relaciones «homosociales», es pertinente aquí: la abundancia de referencias sobre el tema de la homosexualidad y la naturaleza apasionada de las denuncias que hace Borges de ella son notables.

Algo llamativo en este diario es la auto-representación de Bioy como un melancólico, a lo cual él alude a menudo (ver, por ejemplo, 1467). Una patética dependencia de Borges, intensos sentimientos de inseguridad, expresiones de tristeza y aislamiento abundan. Él anota en 1963 que Borges usa la palabra «querido» (992) por primera vez después de treinta años de amistad, y repetidamente observa la indiferencia de Borges hacia sus opiniones y sus publicaciones, y comparte con Silvina los mismos sentimientos.¹⁵ Se ofende también por cómo lo perciben críticos y periodistas: «Me presentan, pues, como un apéndice de Borges» (1304). Pero una parte de este resentimiento es dirigido hacia Borges, aunque no se lo dijera directamente. Cuando Carlos Frías de Emecé le pide a Borges

14 Desde la publicación de una selección del epistolario de Alejandra Pizarnik, la atracción que sintió Silvina Ocampo por personas del mismo sexo es bien conocida. Ver *Correspondencia Pizarnik* (especialmente 210-12).

15 Aunque Bioy no reproduce a menudo sus conversaciones con Silvina acerca de Borges, cuando lo hace ambos demuestran ser unos astutos observadores del amigo común. Ver especialmente los comentarios sobre la dependencia de Borges de su madre (860).

en 1975 que haga una edición de sus *Obras completas en colaboración*, Bioy apunta que este volumen (publicado en 1979) no reconocería que sus colaboraciones con Borges fueron de una naturaleza diferente a las que éste hizo con Alicia Jurado, Margarita Guerrero, María Esther Vázquez y otras: «Me propone el proyecto de Frías: publicar volúmenes de obras completas de Borges con colaboradores. Libros que escribimos de a iguales, ahora me colocarán de etcétera entre Fulanita Guerrero y Fulanita no sé cuánto. Está muy interesado en el proyecto, como en todo lo suyo» (1501).¹⁶

Bioy (y Silvina) a menudo se sienten muy susceptibles hacia el fin de su intensa amistad con Borges por la falta de interés de éste en el trabajo de ellos. Bioy anota en 1963 que a Borges no le gustó su última obra (pero aquí él culpa a la madre de Borges, Leonor Acevedo de Borges, quien parece imponer su rechazo por la escritura de Bioy [951]). Silvina se queja de que ni Borges ni Bioy le prestan atención a su escritura (1020, y también 1248). Y tanto Bioy como Silvina observan que Borges parece sentir cada vez menos motivación por la escritura de otros: Bioy anota una airada observación de Silvina, «No le gustará porque él no la escribió. Cada día le gusta menos lo que él no escribe» (1106). En un momento de particular patetismo, Borges cita (sin explicitar la fuente) de la nota de Bioy publicada en *L'Herne*, en 1964, que resume sus años de conversación. Bioy se pregunta: «¿Lo leyó? ¿Lo dijo de memoria?

16 Una interesante nota sobre la colaboración de años anteriores, de cuando Borges estaba casado con Elsa Astete de Millán: «Me cuenta que, interrogados los cómicos Laurel y Hardy sobre cómo habían hecho para mantener una invariable amistad a lo largo de veinte años de colaboración (muy bien retribuida: circunstancia agravante), explicaron que no permitieron que las respectivas mujeres se conocieran. De ese modo no hubo discusiones del orden de: «A mí me parece que vos hacés todo el trabajo. Que te tienen en menos. Que él saca ventajas indebidas». Lo que habrá oído Borges en ese sentido; lo que yo oí de Silvina» (1218).

Esto parece increíble. ¿Guiño al amigo, como decía Reyes?» (1266). O tiene un razonamiento menos caritativo: ¿su amigo lo está usando?

Al mismo tiempo, éste es un libro que muestra a Bioy como un amigo leal incluso en la adversidad. Aun en 1980, cuando casi nunca se veían y las anotaciones en el diario son muy escasas, Bioy escribe: «Leo en *La Nación* de hoy un reportaje a Borges sobre Macedonio: lo leo con mucho agrado. Casi diría que la posteridad, si la hay, sabrá cómo hablaba Borges, *at his best*» (1539). Y registra con minuciosidad la forma en que supo de la muerte de Borges en Ginebra, el 14 junio de 1986, por un transeúnte en la calle («[u]n individuo joven, con cara de pájaro» [1591]), y piensa, mientras retoma su camino: «Pasé por el quiosco. Fui a otro de Callao y Quintana, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar: «Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto le va a parecer una estupidez»» (1592). Bioy invirtió una gran cantidad de tiempo de sus últimos años, en 1997 y 1998 (12), cuando él mismo no se encontraba nada bien, editando los extractos que fueron publicados por Daniel Martino. Este libro es quizá el más emotivo homenaje en español a una amistad literaria, un trabajo monumental y emocionante que es ya una fuente esencial para los estudios sobre Borges, y hasta podría ser el libro más importante de Bioy.

El Borges de Piglia

Entre los relatos que el Gaucho Dorda le cuenta a su psiquiatra en *Plata quemada* está éste:

Me dicen que hay una laguna por Carhué, que si uno se tira flota, de tanta sal que tiene el agua, me dicen que ahí murió un cacique, un indio puto, ranquel, murió ahogado, porque le ataron una piedra de molino al cuello, ya que dicen que se había garchado a un gringuito cautivo que tenía atado con una cadena por el tobillo en un poste, en la toltería el indio fue y se lo hizo, este cacique Coliqueo. Y lo ahogaron en un charco. Y a veces el desdichado sale a flote todo emplumado y la corriente lo lleva por los pajonales, entre las tacuaras y el silbo de las totoras, como a un fantasma. (69-70)

Lo que me interesa aquí es el uso o el trabajo de la cita: no sólo la de José Hernández sino la de Borges citando a Hernández. Porque el hecho es que Borges cita muchas veces esta estrofa de *El gaucho Martín Fierro*, la que dice: